

SEGURIDAD NACIONAL

El rechazo de los obispos

● Ideología oficial de varios regímenes militares recibió condena episcopal en reunión de Puebla: se opone a la visión cristiana del hombre y del Estado

Por Patricia Verdugo

La Iglesia Católica latinoamericana la condenó, en la Conferencia Episcopal de Puebla, por mayoría absoluta: 172 obispos la vieron como una ideología nefasta y sólo siete obispos rechazaron el documento (*Evangelización e Ideologías*) que incluía los párrafos alusivos a la Doctrina de Seguridad Nacional.

Ahora, por lógica, debería comenzar un amplio debate en el continente. Porque, hasta el momento, la llamada Doctrina de Seguridad Nacional —ideología oficial en más de media docena de regímenes milita-

res— ha tenido un carácter casi secreto, "clandestina frente a los pueblos", dicen algunos.

En un principio fue elitista —impartida sólo a quienes se preparan, en escuelas o academias de Seguridad Nacional, para ocupar puestos claves en los gobiernos—, y, más tarde, se decidió en algunos países adoctrinar a los universitarios, incluyéndola como cátedra obligatoria en varias escuelas. En ese punto, el debate comenzó en círculos intelectuales. En Chile, por ejem-

Fuerzas Armadas latinoamericanas: a ojos de EE.UU., la solución para un continente en "pie de guerra"

plo, lo iniciaron la revista *Mensaje* y el Centro de Investigaciones Socioeconómicas (Cisec) a fines de 1976.

Las grandes mayorías quedaron ajenas al debate que aclaraba la doctrina motriz de los regímenes militares que gobiernan sus países. Ahora, por la posición oficial católica, podrán conocerla en momentos en que —según algunos expertos críticos— ya pasó su pleno apogeo y está en la "pendiente de la decadencia". Aunque así fuera, su permanencia alarma a los obispos latinoamericanos.

Nadie discute el papel vital que la seguridad juega en la preservación del Estado. La discusión está en si se trata sólo de un objetivo más o si es el "supremo objetivo" que regula toda la vida de una nación. Los creyentes y observantes de esta ideología postulan lo segundo. De ahí que, en aras de la seguridad del Estado, todo está permitido. Y aunque se garantiza de palabra, en textos constitucionales, que los derechos de los hombres son anteriores a los del Estado, en el hecho se opera con regímenes de emergencia que anulan esa garantía.

Superpersona

La Doctrina considera al Estado como una superpersona con voluntad propia y finalidades propias que son independientes de las finalidades de las personas. De ahí que, en el documento final de Puebla, se hable de ella bajo el subtítulo "Visión estatista":

"Menos conocida, pero actuante en la organización de no pocos gobiernos latinoamericanos, la visión que podríamos llamar estatista del hombre tiene su base en la teoría de la Seguridad Nacional. Pone al individuo al servicio ilimitado de la supuesta guerra total contra los conflictos culturales, sociales, políticos y económicos y, mediante ellos, contra la amenaza del comunismo. Frente a este peligro permanente, real o posible, se limitan, como en toda situación de emergencia, las libertades individuales, y la voluntad del Estado se confunde con la voluntad de la Nación. El desarrollo económico y el potencial bélico se superponen a las necesidades de las masas abandonadas. Aunque necesaria a toda organización política, con todo, la Seguridad Nacional vista bajo este ángulo se presenta como un absoluto sobre las personas; en nombre de ella se institucionaliza la inseguridad de los individuos".

En otro párrafo del documento sigue el



análisis de los obispos:

"Está vinculada a un determinado modelo económico-político, de características elitistas y verticalistas, que suprime la participación amplia del pueblo en las decisiones políticas. Pretende justificarse en ciertos países de América Latina como doctrina defensora de la civilización occidental cristiana. Desarrolla un sistema represivo, en concordancia con su concepto de 'guerra permanente'. En algunos casos expresa una clara intencionalidad de protagonismo geopolítico".

Y agrega:

"La Iglesia cree que una convivencia fraterna necesita de un sistema de seguridad, para imponer el respeto de un orden social que permita a todos cumplir su misión en relación al bien común. Exige, por tanto, que las medidas de seguridad estén bajo control de un poder independiente, capaz de juzgar sobre las violencias de la ley y de garantizar medidas que las corrijan".

Concluye, entonces:

"La Doctrina de Seguridad Nacional se opone a una visión cristiana del hombre, en cuanto responsable de la realización de un proyecto temporal, y del Estado, en cuanto administrador del bien común. Impone la tutela del pueblo por élites de poder militares-políticas y conduce a una acentuada desigualdad de participación en los resultados del desarrollo".

En un somero bosquejo de sus orígenes habría que remitirse a la geopolítica, disciplina inventada a comienzos de este siglo



Visión del Presidente Kennedy: las luchas revolucionarias se nutrían de la injusticia social

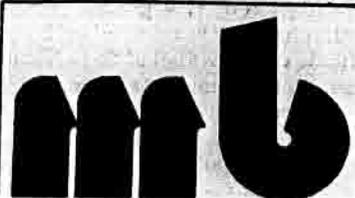
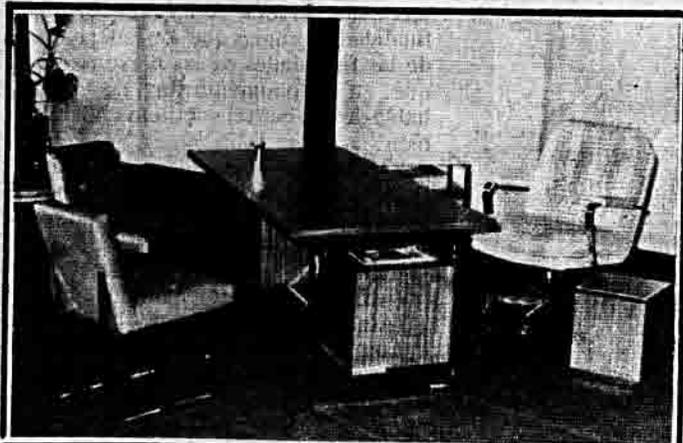
por el sueco Rudolf Kjellen. Y como la geopolítica "legitimó" el ansia de mayor espacio geográfico del régimen hitleriano, los militares norteamericanos la rechazaron de plano durante la Segunda Guerra. Llegó la paz y la perspectiva cambió, ya que sirvió de base para orientar la guerra fría y la división del mundo en dos bloques antagonicos: mundo comunista y mundo "libre".

La nueva geopolítica (*National Security Affairs*) condimentada por los norteamericanos, ya no veía al Estado "tan preocupado por su expansión o su espacio vital y sí por su seguridad", analiza el sacerdote jesuita Joseph Comblin. Ahí se plantea la ecuación Estado=Poder=Seguridad, que sería el eje de la Doctrina de Seguridad Nacional.

El momento era difícil para los militares y se prestaba a confusión: porque mientras la invención de la bomba atómica aclaraba el panorama de "guerra total", surgía un nuevo tipo de guerra —las revolucionarias, de "liberación"— donde el enemigo no vestía uniforme, atacaba en cualquier parte y no se impacientaba por la duración del conflicto. Ahí, los franceses aportaron a los norteamericanos su teoría contrasubversiva, resultado del balance tras su derrota en Indochina y su experiencia en Argelia.

El Presidente John Kennedy, al asumir, se encontró con una América Latina en ebullición. Desde Cuba, Fidel Castro hablaba de la "gran revolución latinoamericana". En Brasil, el Presidente Joao Goulart daba un viraje a la izquierda. Y en

muebles benado lo invita...



Conjunto desde
\$ 23.139,60
(IVA incluido)

San Nicolás 784
Paradero 11 Gran Avenida

gratis

MUEBLES BENADO le invita.
Tome un
taxi por cuenta nuestra
desde Estación Lo Vial de
la línea 2 del Metro

ESTAMOS
A SOLO
15 MINUTOS
DEL CENTRO

- * Equipamiento de oficinas
- * Instalaciones comerciales, colgadores
- * Modulares para vitrinas

quiera aumentaba su fuerza. Kennedy leyó los manuales de lucha de Mao y el "Che" Guevara, ordenando que todos los altos mandos militares hicieran lo mismo. Su posición fue clara: respetaría la decisión de un pueblo que, en elecciones libres y limpias, escogiera el sistema comunista. Pero EE.UU. no toleraría que el sistema fuese impuesto por un pequeño grupo militante, mediante la subversión.

Entendiendo que las luchas revolucionarias se nutrían de la injusticia social, la Administración Kennedy decidió operar apoyando a los regímenes democráticos, implementando programas de desarrollo económico-social (Alianza para el Progreso) y, paralelamente, acelerando el entrenamiento de los ejércitos latinoamericanos que debían luchar contra la insurrección comunista (según cifras del Departamento de Defensa, entre 1950 y 1968 acudieron a estos programas unos 46.500 oficiales latinoamericanos).

Con el Presidente Lyndon B. Johnson cambió el enfoque, que definitivamente sellarían después Nixon y Ford. Los programas de desarrollo se olvidaron y se enfatizó la estrategia contrasubversiva y el apoyo a los regímenes *de facto*. La Academia de Guerra norteamericana informó que ya había suficientes elementos adoctrinados y un informe de Nelson Rockefeller habría dado el "vamos" definitivo. Se produjo, entonces, en 1964, el golpe de Estado en Brasil, inaugurando los regímenes de Seguridad Nacional.

Estados Unidos —en una reacción termocéfala, según algunos observadores— decidió que debía mantener en calma a su "patio trasero" para concentrarse en el peligro soviético y chino. Y vio en los ejércitos latinoamericanos a los instrumentos más capaces para aplastar la subversión armada. Sólo que —aprovechando la ciega acción de grupos extremistas— hizo que los ejércitos vieran a los movimientos populares como movimientos de subversión armada, dando la espalda a todas las raíces económico-sociales de los conflictos.

Viendo a América Latina como un continente en pie de guerra, los ejércitos fueron los llamados a conducir la lucha. Y una vez en el poder, la Doctrina de Seguridad Nacional legitimó sus actos.

"Suprema lealtad"

Por ser los pioneros del experimento, los brasileños —desde su Escuela Superior de Guerra— son los que más han teorizado con la Doctrina, irradiándola al resto del continente. El general Golbery do Couto (Geopolítica do Brasil) la define como la "suprema lealtad", a la que hay que sacrificar "cualquier ideología, sentimientos, pasiones, ideales, valores, cuando ellos aparecen nocivos y de hecho incompatibles con la lealtad suprema".

El profesor José Amaral (*Segurança e Democracia*) entregó más datos de esta ideología, que pretende borrar a los comunistas de la faz latinoamericana. La "guerra permanente" obliga a los estados a unir lo civil y lo militar. Todo es guerra. Y la

nunca entendieron "las democracias ingenuas e indefensas". El concepto "pueblo" no aparece jamás mencionado. Sólo hay ciudadanos subordinados al Estado. Y se parte del supuesto de que Estado y ciudadanos están felizmente identificados.

La razón de ser del Estado son los Objetivos Nacionales: deseos, aspiraciones e intereses de la Nación. Y esos Objetivos —según Amaral— deben ser determinados por la *élite* dirigente que interpreta a los ciudadanos, ya que ellos difícilmente pueden tener una noción clara de sus objetivos.

Los medios para lograr esos Objetivos se juzgan por su eficacia (no hay evaluación ética) y se engloban en el llamado Poder



Estrategia de Fidel Castro: "la gran revolución latinoamericana" que impulsó la acción de grupos extremistas

Nacional. Sus brazos son varios. Uno, el Poder Político, que incluye, en el análisis de Amaral, la facultad de imponer, incluso por la fuerza, las normas de conducta que todos deben obedecer. Otro es el Poder Económico (se profesa el pragmatismo absoluto que juzga sólo por la eficiencia). El Poder Militar debe garantizar la seguridad interna y externa. Y, por último, el Poder Sicosocial comprende varios frentes: desde comunicación social y Poder Sindical hasta el religioso y el Poder de la Moral Nacional.

Libertad y democracia son dos términos que los ideólogos brasileños repiten entre los Objetivos Nacionales. Y ahí los críticos apuntan a la consecuencia entre los fines enunciados y los medios que se utilizan. "En nombre de la libertad" —dice Comblin— "la seguridad requiere el sacrificio momentáneo de todas las libertades... no aparece claro cómo el sacrificio de la libertad podrá llevar un día al restablecimiento de la libertad, sobre todo si la guerra es concebida como permanente y total. Las necesidades de la guerra hacen que el Objetivo de libertad y democracia se pierda en lo indefinido de la utopía intemporal. En lo concreto de la historia lo que prevalece son

nal..."

Según otro estudio del sociólogo Mauricio Ruz, la Doctrina cae en varias contradicciones: concentra el poder político y deja en libertad la actividad económica; postula un nacionalismo político y, paralelamente, la concepción tecnocrática lleva a la desnacionalización de la economía. Y para los que se dicen cristianos, una contradicción previa a la posición de los obispos en Puebla: las concepciones autoritarias y la asignación de un rol mesiánico a las Fuerzas Armadas en el Estado que se contraponen al concepto cristiano de la participación social.

Y a esto habría que sumar las trasgresiones a los derechos humanos básicos. No hay aún cifras continentales que muestren un balance (en muertos, desaparecidos, torturados, detenidos arbitrariamente) de la gestión de los duros organismos de seguridad que operaron hasta hace poco tiempo.

¿Declinación?

La condena de Puebla a la Doctrina de Seguridad Nacional llega en momentos en que, según algunos observadores, está en franca declinación. Y no porque como teoría sea débil o como proyecto político estuviera condenado al fracaso al someter a la sociedad al cuadro rígido de un cuartel militar, tesis que emergieron del debate en *élites* intelectuales. El análisis ahora va por otro camino.

Tres factores —dicen— tuvieron que conjugarse para hacer posible su auge en América Latina: militares, Estados Unidos y grupos económicos (nacionales y transnacionales). Uno de los socios renunció al pacto (Estados Unidos) y todo empieza a fallar. El cambio de enfoque de las relaciones internacionales que significó la distensión y luego el triunfo de Jimmy Carter dieron el primer golpe. Comenzó, entonces, el proceso de reprobación lo que antes se creó y EE.UU. empezó a exigir a los regímenes militares proyectos de retorno del poder a los civiles.

El gobierno norteamericano dejó claramente sentadas sus exigencias. Primera prioridad, los derechos personales (no se admite mayor discusión en este punto y las policías secretas duras debieron transformarse en organismos de inteligencia de corte informativo). Segunda prioridad, los derechos políticos: aquí habría más flexibilidad atendiendo la realidad de cada país y, de hecho, buena parte de los conductores de los procesos no parecen tener ganas de entregar el poder. Y, en tercer lugar, los derechos económicos.

Algunos países parecen avanzar más rápido que otros en la desarticulación del sistema. Pero es Brasil —con quince años de experiencia— quien podría dar la pauta de cómo terminarán estos regímenes que, a juicio de algunos, sólo serán considerados como un "corto y doloroso desvío" en la larga ruta de la historia latinoamericana. Otros, en cambio, seguramente los añorarán.